

XXXIV Domingo Tiempo Ordinario

CRISTO REY

Samuel 5, 1-3 Colosenses 1, 12-20 Lucas 23, 35-43

«Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso»

21 Noviembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

**“POR ÉL QUISO RECONCILIAR CONSIGO TODOS LOS SERES: LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA,
HACIENDO LA PAZ POR LA SANGRE DE SU CRUZ”**

El corazón humano busca la belleza, descansa en lo bello y se recrea en todo lo que nos habla de la perfección. Pero muchas veces el modelo de belleza que el mundo nos presenta puede llevarnos a la autodestrucción. El otro día veía una publicidad que invitaba a los padres a hablar con sus hijos y a transmitirles valores que construyeran la persona. Decía: “*Habla con tu hija antes de que lo haga la industria de la belleza*”. Muchos jóvenes viven detrás de una belleza que ni siquiera existe pero que se nos presenta como un ideal alcanzable si luchamos por él. De esta forma, con el fin de alcanzarla, muchas personas son capaces de todo tipo de sacrificios. Dejan de comer, sacrifican su cuerpo, buscan todo tipo de remedios para entrar dentro de los cánones de belleza que transmite la sociedad. Y, cuando no lo consiguen, se autodestruyen, porque no son capaces de pensar en otra belleza. La única belleza es la belleza física, la exterior, la que se ve y se valora. No se piensa en la belleza del alma, esa belleza que no se construye con operaciones ni con dietas. Una belleza que nos trasciende porque no la hemos creado nosotros con nuestras manos. Hoy nos preguntamos: *¿Cuáles son los valores que hemos transmitido a nuestros hijos? ¿Qué valores reflejamos con nuestra forma de vida? ¿Qué belleza despierta nuestra atracción? ¿Qué belleza queremos mostrar al mundo?*

Hace unos días, al consagrar el templo de la Sagrada Familia en Barcelona, Benedicto XVI nos hablaba del templo de Gaudí: “*Es un signo visible del Dios invisible, a cuya gloria se alzan estas torres, saetas que apuntan al absoluto de la luz y de Aquel que es la Luz, la Altura y la Belleza misma*”. Y también hacía referencia a la belleza verdadera: “*La belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo*”. La belleza de Dios nos trasciende y nos eleva. Es la belleza construida sobre el barro de nuestra debilidad. En un momento de gratuidad el feo tronco de una cruz se convierte en la belleza que transforma el mundo. El árbol desecharido carga con la belleza más elevada. El sinsentido a los ojos de los hombres cobra sentido, sin embargo, en un sacrificio que supera nuestro entendimiento. La mirada del hombre puede convertir la belleza en fealdad y la hermosura en barro. El tiempo destruye con su inexorable paso esa belleza que perseguimos obsesivamente toda nuestra vida. Nuestro pecado puede acabar, casi sin darnos cuenta, con la belleza que Dios ha creado y nos ha confiado. Por el contrario, la mirada de Dios puede hacer de la fealdad un canto a la belleza. El Cristo colgado en la cruz, destrozado, abandonado y despreciado, se convierte en la belleza que transforma la realidad. Las manos de Dios recogen el barro y producen, sin esfuerzo, grandes obras de arte. **Dios mira con otros ojos. Dios ve en nuestra pobreza la belleza más grande.**

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey, que fue instaurada por el Papa Pío XI el 11 de Marzo de 1925, en un mundo secularizado, con el fin de resaltar la belleza de Cristo. El Papa quiso motivar a los católicos a reconocer en público que el que gobierna este mundo es Cristo y que sólo cuando Él reina nuestra vida tiene verdadero sentido. Dice **Benedicto XVI en la motivación para la JMJ 2011:** “*El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento*”. Cuando reconocemos a Cristo como Rey colocamos las cosas en su justo punto. Cuando nos arrodillamos ante Dios, ante Cristo, ante María, ya no tenemos que arrodillarnos ante los hombres. Lamentablemente la sociedad en la que vivimos pierde su centro y tiene otros reyes. Ya no es su rey Cristo, ni María es su reina. Hay otros reyes hechos de fama y dinero, de belleza física, lujo y honores, de barro y tiempo caduco. Hay reyes que nos hacen pensar que el sentido de nuestra vida consiste en reinar, en tener poder temporal, en gobernar y mandar. Ésa es la realeza a la que estamos acostumbrados y a la que aspiramos siempre. El otro día, un hombre que estaba muy enfermo, cuando recibió la unción de los enfermos, me comentó commovido: “*Es increíble que el mismo óleo con el que se unge a los reyes todopoderosos sea el óleo con el que se nos unge en la debilidad de nuestra enfermedad. Somos ungidos como Cristo, en lo alto de la cruz*”. Yo mismo me commoví al pensar en la belleza de ese óleo que lograba reflejar en la fealdad de la enfermedad el amor de Cristo; Él, crucificado y abandonado en la impotencia de un madero, despojado de todo su poder, fue ungido como rey siendo su rostro despreciable. No reconocido por los hombres, su realeza crucificada brilla hoy. Así lo decía el letrero que habían escrito en su cruz: “*Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos.*» No habían sido los hombres los que lo habían acogido como rey; ellos se burlaban. Había sido el poder de Dios el que usó nuestro pecado para manifestar su gloria. Dios lo ungió como rey del mundo ante el desprecio del hombre. **Era hijo de Dios y, en su abandono en las manos del Padre, fue ungido Rey de reyes.**

El pueblo judío, en un momento de su historia, quiso tener un rey, aunque Dios era su único rey verdadero. Pensaban que si tenían un rey poderoso en la tierra serían reconocidos por todos los pueblos y lograrían el respeto anhelado. Eligieron a Saúl y, después, llegó **David y se convirtió en el rey ideal con el que tanto habían soñado:** “*En aquellos días, todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a ver a David y le dijeron: «Hueso tuyo y carne tuya somos; ya hace tiempo, cuando todavía Saúl era nuestro rey, eras tú quien dirigías las entradas y salidas de Israel. Además el Señor te ha prometido: "Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel."*” Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey, y el rey David hizo con ellos un pacto en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel”. Samuel 5, 1-3. David reinó en Israel y su reinado quedó como aquel reino ideal que más tarde el pueblo volvió a soñar. David trajo la paz y la unidad, el esplendor y la gloria humana, la justicia y la belleza. Cuando los judíos pensaban en la venida del Mesías que iba a traer la libertad soñada, pensaban que el Salvador del pueblo sería un Rey como David, que traería la paz a su pueblo, la unidad, la justicia y la plenitud. El Mesías esperado tenía que ser más que David, no podía ser menos poderoso. Tenía que ser un rey capaz de cambiar el mundo en el que vivimos. Por eso el pueblo judío no pudo entender la fealdad de un rey tan humano, tan pobre, tan insignificante e indefenso en la cruz. **Un rey sin poder era todo lo contrario a lo que soñaban.**

No obstante, tampoco hoy es fácil creer que Cristo es el Rey del mundo. Cuando observamos el rumbo que lleva la sociedad en la que vivimos, nos resulta difícil descubrir las huellas de su reinado. La gran tentación del cristiano a lo largo de la historia ha sido querer identificar el reino de este mundo y el Reino de Cristo. Queremos un Rey que reine como estamos acostumbrados aquí en la tierra. Un rey con poder que establezca las leyes y las costumbres que deseamos. S. Pablo, por el contrario, nos

muestra otro camino y nos explica que, para entender el reino de Cristo, es necesario contemplar la cruz: “*Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. El es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz*”. Colosenses 1, 12-20. Cristo reina desde su cruz impotente, desde la ausencia de poder humano, desde el mayor de los fracasos. Cristo reina en la pobreza y la humildad. **Su Reino no es de este mundo y eso nos sigue desconcertando.**

El Reino de Cristo despierta el desprecio del mundo: “En aquel tiempo, las autoridades hacían muecas a Jesús, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.» Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.» Sin embargo, Cristo no replica, no se baja de la cruz, no vuelve a tomar su condición de Dios en medio de los hombres. Como dice S. Ambrosio: “Muy oportunamente dejó las vestiduras reales cuando había de subir a la cruz”. Sube a la cruz para recordarnos que no vino a liberarnos de la cruz, sino a salvarnos en ella. No nos exime del sufrimiento, nos muestra cómo vivir clavados en un madero. El P. Kentenich decía: “Consagrad vuestros hijos a Dios, pero no pidáis que los libre de la cruz. El hijo de Dios madura a través de la cruz”¹. Son palabras duras que no estamos acostumbrados a vivir. Generalmente pedimos que Dios nos libre de la cruz, del sufrimiento y del sacrificio. Pedimos bajar del madero cuando estamos sufriendo demasiado y pensamos que no seremos capaces de soportarlo. No toleramos que aquellos a los que tanto queremos sufran sin poder hacer nada por aliviar su dolor. No entendemos la enfermedad, la muerte, la pobreza o la injusticia. Al pie de la cruz muchos se burlaron de la impotencia de Cristo porque esperaban a otro rey, querían un rey poderoso y libre. Sin embargo, Él no se bajó del sufrimiento, no renunció al camino de la salvación. No manifestó su poder de forma admirable, no deslumbró con sus poderes, no se hizo fuerte para humillar a los que pretendían retenerlo. **La impotencia de Dios era ofensiva. Su silencio era un desprecio. Su paz, un grito contra nuestra violencia.**

El salmo, por el contrario, refleja la esperanza y la confianza de aquellos que saben que Dios es el rey esperado y verdadero. Es la oración de los que descubren a Dios en un Cristo ensangrentado: “Vamos alegres a la casa del Señor. ¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. Allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David”». Sal 121, 1-2. 4-5. Es la alegría de los que confían en el poder de Dios, manifestado en lo alto del madero. El rey que reina en nosotros nos va a unir. Estas palabras escritas mucho antes de Cristo reflejan lo que el Señor hizo a través de su muerte y resurrección. Cristo une los corazones de aquellos que se dejan atraer por su aparente fealdad. Los que creen en su rostro desfigurado podrán compartir el pan de su mesa. Los que creen en medio de la desesperanza serán capaces de mirar más allá de la aparente muerte, del fracaso casi evidente que se revela ante sus ojos. **Los que confían en ese Dios que no despliega su poder es porque han descubierto el camino por el que su reino se hace presente en los corazones.**

Sin embargo, muchas veces seguimos pensando que reinar es tener poder. Nos gusta

¹ J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, Marzo- Junio 1955

demasiado el poder: “Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: « ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.» Incluso uno de los dos ladrones, castigados junto a él de forma justa, se rebela al ver a ese Mesías impotente que no hace nada por salvarlos. La impotencia de Dios le lleva a increparlo. Si Jesús actuara podría salvar su propia vida. Nos gusta pensar en un Dios así, todopoderoso, capaz de acabar con el mal, con la enfermedad, con la muerte y con la injusticia. Un Dios que venza sobre el mal. Sin embargo, su debilidad no resulta incomprensible. Tantas veces rezamos así delante de un crucifijo, igual que este ladrón: “*¿Acaso no eres todopoderoso? Sálvame a mí y a los míos, bájanos de la cruz*”. En la desesperación nos volvemos contra ese rostro desfigurado buscando explicaciones. Es el mismo grito de este malhechor crucificado. Desde nuestra cruz contemplamos indignados la cruz de Cristo y pedimos que nos dé razones de su actuar o, mejor dicho, de su falta de acción. No entendemos su falta de misericordia. Él tiene poder y no lo usa. “*¿Acaso no ve que todo es injusto? ¿No ve que el mal, el sufrimiento y el dolor no sirven para nada?*” Nos gustaría poder rezar a un Dios que acabara con las desgracias de un plumazo. **¿Por qué no quiere establecer su Reino de una vez para siempre?** Y las palabras de Jesús nos siguen resonando en el corazón: “*Mi reino no es de este mundo*”. Si fuera de este mundo tal vez ya habría concluido. Sin embargo, el reino de Dios vuelve a brotar de sus cenizas, se levanta sobre la destrucción, nace de nuevo después de la muerte. **Ese reino desconcierta nuestra forma de pensar y, al mismo tiempo, le da un nuevo sentido a toda nuestra vida.**

El llamado buen ladrón, por el contrario, sabe ver la belleza en medio de la fealdad: “Pero el otro lo increpaba: « *¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada*». El buen ladrón es bueno, no por su pasado, sino porque logra cambiar su mirada cuando está colgado en la cruz. En la tierra pensaba de forma diferente, sin embargo, al verse subido en lo alto del madero, toma conciencia de la vida y ve la realidad con una mirada nueva. Desde lo más alto, junto a Jesús, comienza a ver el mundo con sus mismos ojos. Ve la justicia de Jesús, ve su humildad, ve lo absurdo de una muerte que no comprende. Por eso increpa al mal ladrón. Por eso no entiende que ni siquiera en este estado su compañero no cambie su forma de ver la vida. El buen ladrón ve más todavía que otros en ese momento, ve el cielo: “*Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*” El buen ladrón ve el paraíso, ve la gloria del verdadero Reino de Cristo, ve más allá de la muerte y comprende algo que para muchos sigue siendo incomprensible. No ve la losa, sino la vida; no ve sangre derramada sin sentido, sino que ve la puerta del cielo que se abre. No ve la muerte, ve la gloria. Esa mirada es don de Dios en su vida. Porque comienza a entender el sentido de su sufrimiento. Dice **S. Gregorio**: “*Tuvo fe porque creyó que reinaría con Dios, a quien veía morir a su lado. Tuvo esperanza porque pidió entrar en su reino y tuvo caridad, porque reprendió con severidad a su compañero en la cruz*”. Hoy quisiéramos pedirle a Dios la mirada del buen ladrón. Él supo aceptar su propia cruz sin rebelarse y pidió el imposible a aquel que tenía sus brazos clavados. **No se quedó en la injusticia del sufrimiento, sino que miró esa eternidad que se abría ante sus ojos.**

Entonces, el buen ladrón experimenta el abrazo del Padre que espera al hijo pródigo: “Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.» Lucas 23, 35-43. Jesús casi no puede hablar en la cruz, pero sus pocas palabras son de misericordia. Dice **S. Ambrosio**: “*El Señor le perdonó pronto al ladrón, porque se convirtió pronto; la gracia es más poderosa que la súplica. El Señor concede siempre más de lo que se le pide. La vida consiste en habitar con Jesucristo y donde está Él allí está su reino*”. Desde la cruz Jesús sigue amando y perdonando. Así como vivió, así muere. Jesús vivió amando y dando la vida y muere en la cruz amando y dando su perdón. El amor es la expresión más grande de Cristo crucificado. Decía el **P. Kentenich**: “*Un hombre que ama, que ha puesto su amor en el corazón de Dios, en cierto modo participa de la inmensa riqueza del amor de Dios. Si algo hay que no*

*empobrece es amar, es regalar la calidez del corazón*². Cristo es el hombre más pobre en la cruz, pero su amor lo hace el más rico de los hombres. Nosotros estamos llamados a vivir esa pobreza y esa riqueza del amor. Estamos llamados a amar estando crucificados, sin bajarnos del dolor que nos toca vivir. **El amor que brota del dolor es un amor puro y redimido, un amor acrisolado, un amor que salva.**

No obstante, nos sigue costando mucho entender cómo es el Reino de Jesús, ese Reino que anuncia con su vida. Dice Benedicto XVI: “*El reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es Él. En Él, Dios mismo está presente en medio de los hombres, Él es la presencia de Dios*³”. Cristo hace presente su reino en su persona, en su vida. Decía Orígenes: “*Si queremos que Dios reine en nosotros, en modo alguno debe reinar el pecado en nuestro cuerpo mortal*”. Según esta visión el reino de Dios “*no es un reino como los de este mundo, su lugar está en el interior del hombre. Allí crece y desde allí actúa*⁴”. Hablar de Reino de Dios es hablar del reinado de Dios en el hombre. Él reina en la tierra y en nosotros cuando dejamos que su vida nos transforme. Su presencia es reflejo de su poder, de su salvación y de su amor redentor. **Si le dejamos reinar, Él empieza a cambiar nuestra vida y a poner orden en nuestro interior.**

Quisiera detenerme ahora en dos de los rasgos de este Reino que hoy celebramos: la HUMILDAD Y LA PAZ. Lo celebramos con alegría porque ya está presente en medio de nosotros. **ES UN REINO DE HUMILDAD**, porque Cristo reina desde su pobreza, desde la impotencia de su entrega en la cruz. Cristo vivió en la escuela de su madre, María. En la familia de Nazaret aprendieron juntos el camino de la humildad. Hace poco leía: “*María es « humilde », pero ante todo es pequeña. Si la humildad es una virtud, la pequeñez es ante todo un don. María es pequeña, no necesita esforzarse. ¿Quién es ella, entonces, frente a la mirada de Dios? Ella es consciente de haber recibido todo por pura gracia. María es plena de alegría espontánea, dispuesta totalmente a acoger sin reticencias a Dios en su vida*⁵”. El reino de la humildad comenzó en Belén y acabó en la cruz. O, mejor aún, comenzó en el silencio de la anunciación y sigue vivo en cada “sí” que el hombre pronuncia en su vida a Dios. La humildad es un don escaso que tenemos que pedir cada mañana. Nos olvidamos de su necesidad y, sin embargo, es la llave maestra para abrir el corazón de los hombres y el corazón de Dios. **Nada puede resistirse ante un corazón humilde.**

EL REINO DE CRISTO ES UN REINO DE LA PAZ. Cuando Cristo reina en los corazones nace la paz. Una paz distinta que no nace de la conciliación. Una paz que no es engaño, sino la paz que brota de la belleza de ese Cristo crucificado. Cuando me toca ver la enfermedad vivida con paz, como me tocó palparla hace unos días en un corazón enfermo y confiado, mi propio corazón se commueve. La paz que brota de la cruz es una paz distinta, una paz que desconcierta. No es la paz del éxito, ni del trabajo bien hecho que recoge sus frutos. Es una paz inexplicable porque brota de las cenizas de la muerte y de la dureza del fracaso. Es una paz que llueve como gracia del corazón de Cristo abierto en la cruz. Muchas veces pensamos que la paz la tendremos cuando no tengamos preocupaciones, o cuando no haya problemas ni dificultades. Pensamos en una paz que es tibieza o dejadez. Es lo contrario de la paz que nos regala Cristo crucificado. Su paz no brota de la tibieza, sino del amor más radical y encendido. Es la paz que surge cuando ya no tenemos nada que defender, cuando hemos perdido todas nuestras cadenas y esclavitudes. **Es la paz del que confía en ese Dios que hace surgir la vida de la muerte.**

² J. Kentenich, “En ocasión de las bodas de plata sacerdotales”, 1935, Kentenich Reader, T 1, 62

³ Benedicto XVI, “Jesús de Nazaret”, 76

⁴ Ibídem, 77

⁵ Cardenal Godfried Danneels, “Paroles de Vie”, Noël 1985